

LA FIRMA DEL TRATADO DE PAZ ENTRE ISRAEL Y LA REPUBLICA ARABE DE EGIPTO

Con la mayor fiesta jamás realizada en la Casa Blanca, el día 26 de marzo de este año, el presidente de Egipto, Anwar el Sadat, y el Primer Ministro de Israel, Menajem Begin, firmaron un acuerdo de paz por separado que pone fin a 30 años de acciones bélicas entre estos dos países. Las firmas fueron avaladas por el presidente de los Estados Unidos, James Carter, concluyendo así un período de negociaciones por separado entre Israel y Egipto, auspiciadas por Estados Unidos, que comenzaron con la visita del mandatario Egipcio a Israel en Noviembre de 1977.

¿Habrá llegado la paz tan anhelada a las dunas candentes del Medio Oriente, sobre las cuales se ha derramado tanta sangre y lágrimas? ¿Se pondrá fin al peregrinaje trágico y angustioso del Pueblo Arabe de Palestina que vive desde hace treinta años como refugiado y oprimido bajo la ocupación israelí? ¿Se habrá logrado la verdadera seguridad e integridad territorial de todos los Estados involucrados en el conflicto Meso-Oriental, incluyendo la del propio Estado de Israel? ¿Dejarán las masas trabajadoras de esa región de cargar sobre sus hombros el peso de sus economías sojuzgadas a los gastos de las guerras? Estas y muchas otras interrogantes atraviesan por las mentes de los pueblos de esa región y por las del resto de la humanidad, que ha visto en el conflicto del Medio Oriente un peligro para la paz mundial.

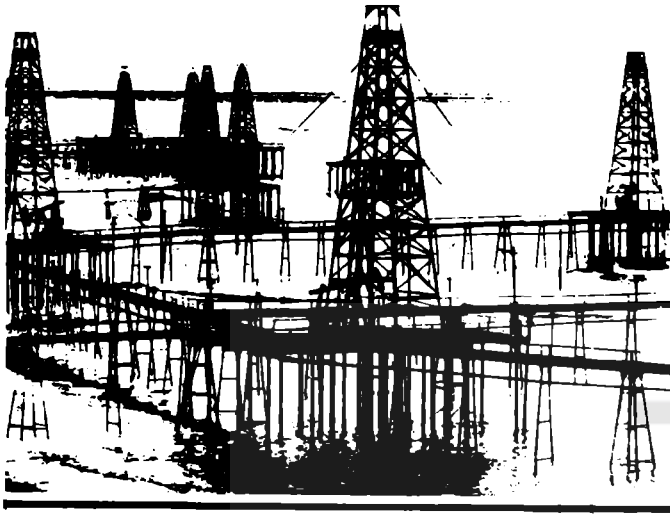
Según se esfuma la cortina de humo y de sonrisas de los tres mandatarios cuando firmaban el acuerdo, todo parece indicar que las respuestas a estas interrogantes son negativas.

Nunca, en la historia de la humanidad, un arreglo político de paz entre dos naciones había llevado a una agudización en la carrera armamentista de esas dos naciones. La condición básica del tratado se establece en los préstamos que los Estados Unidos darán a Egipto e Israel por valor de 5 billones de dólares para la construcción de bases militares, navales, terrestres y aéreas y para la compra de los equipos

bélicos más modernos de la industria norteamericana. Para Egipto, esto representa la completa dependencia económica y política hacia Estados Unidos y el fin de la postura anti-imperialista que sostuvo el extinto Presidente Nasser, el cual había nacionalizado parte de la industria y había realizado una extensa reforma agraria. Hoy, los monopolios norteamericanos han capitalizado la industria egipcia y los antiguos terratenientes han recuperado sus granjerías y privilegios. Para Israel, país que tiene la mayor deuda externa del mundo y donde los gastos militares representan el 70 o/o de su presupuesto anual, las nuevas compras de armas desatarán una inflación mayor acompañada de alza de precios y mayores impuestos.

Tal vez la cláusula más peligrosa del tratado radica en el establecimiento de bases militares para los Estados Unidos, en el puerto de Haifa en Israel y los aeropuertos por construir en el desierto del Negev, los cuales servirán a la Sexta Flota Norteamericana que se encuentra en el Mar Mediterráneo y representarán una amenaza al resto de países productores de petróleo, de una intervención norteamericana en caso de desmoronarse el régimen feudal de Arabia Saudita y los regímenes despóticos del Golfo Pérsico. El Secretario de Energía de los Estados Unidos, James Schlesinger, ha amenazado con la intervención militar para salvaguardar los intereses económicos de los Estados Unidos en esta región. Con la creación de estas bases militares, se amenaza la independencia de todos los Estados de la región y la paz mundial.

El arreglo lleva consigo también, la creación de un pacto militar egipcio-israelí, amenazando de esta manera cualquier movimiento de Liberación Nacional en el mundo árabe y en el norte de Africa, por las transformaciones socio-económicas que pueda realizar. En caso de una guerra entre Israel y el resto de países árabes vecinos, Egipto se abstendría de intervenir. Sadat ha anunciado públicamente la



intención de convertir a Egipto en la represa en contra del avance del comunismo y toda idea de progreso social en la región, argumentando, para su efecto, los acontecimientos en Irán.

El arreglo habla también de una supuesta "autonomía" para el pueblo Árabe de Palestina, el cual vive desde la guerra de junio de 1967, bajo la ocupación militar israelí. El Canciller israelí, Moshé Dayán, ha dicho que la autonomía es la garantía para Israel de la continuación de la ocupación de la Cisjordania y la Franja de Gaza, y que es, en las condiciones del mundo actual, la realización de los sueños sionistas del Gran Israel. "Nunca volveremos a las fronteras del 4 de junio de 1967, nunca se creará un Estado palestino, nunca negociaremos con la Organización para la Liberación de Palestina, nunca será dividida Jerusalem", han sido las declaraciones de Menajem Begin en la discusión realizada en el parlamento israelí para aprobar el tratado de paz. Israel pisotea de esta manera todas las resoluciones de las Naciones Unidas que llaman a la creación de un Estado Palestino independiente al lado de Israel, con el visto bueno de la nación más poderosa del mundo árabe, Egipto. La supuesta autonomía le concede a los palestinos el derecho a decidir el futuro de la basura y los desagües de sus ciudades, pero viola flagrantemente el principio universal de la autodeterminación de los pueblos. En estos días se ha desatado una represión brutal contra los habitantes de los territorios ocupados. Miles de personas han sido encarceladas so pretexto de arrestos preventivos, varios estudiantes resultaron muertos y heridos en la dispersión de multitudinarias manifestaciones con las que la población de los territorios ocupados protestaban y repudiaban la total e incondicional claudicación de Sadat al imperialismo norteamericano y al agresor israelí. Varias ciudades de la Cisjordania ocupada se encuentran bajo toque de queda. Israel ha anuncia-

do el establecimiento de nuevos asentamientos coloniales en los territorios ocupados y ha expropiado nuevas tierras de sus legítimos dueños. De esta manera, se ha quitado de la mesa de las negociaciones la raíz y causa del conflicto meso-oriental, o sea, la continuación de la ocupación israelí y la no solución del problema palestino.

El acuerdo ha sido repudiado por la inmensa mayoría de naciones del mundo. Mientras continúe la ocupación israelí del resto de territorios árabes ocupados desde la guerra de junio de 1967, no habrá paz. Mientras no se le otorgue el derecho de autodeterminación nacional al pueblo árabe de Palestina, de crear su propio Estado independiente al lado del Estado de Israel, no habrá paz. Mientras no se respete la integridad territorial y la soberanía de todos los Estados y pueblos de la región, incluyendo los de Israel, no habrá paz. El consenso mundial llama a que se reanude la Conferencia de Paz sobre el Medio Oriente en Ginebra, con la participación de todas las partes involucradas en el conflicto, incluyendo a la Organización para la Liberación de Palestina, único y legítimo representante reconocido del pueblo árabe de Palestina. Presidida por las Naciones Unidas, la Unión Soviética y los Estados Unidos, esta conferencia sentaría las pautas y principios para una verdadera y justa solución de este conflicto que ha llevado al mundo al borde de una guerra mundial, e implementaría las resoluciones de la ONU, logrando una paz justa, estable y duradera para todos los pueblos y Estados de la región.

Con la firma del acuerdo, Estados Unidos, o más bien, el Presidente Carter, no sólo pone en juego su futuro político, sino también, la paz mundial.

Tel Aviv, marzo 1979.

W. Rosenberg.